

# LA INTEGRACIÓN ANDINA: METAS, DESAFÍOS Y REALIDADES

---

HERACLIO BONILLA\*

Universidad Nacional de Colombia

## Resumen

*La reflexión histórica sobre los procesos de integración en América Latina, sus contingencias y legados, así como los obstáculos y rutas que la caracterizan hoy, son el objeto de este artículo desarrollado por el historiador peruano Heraclio Bonilla. El pasado para pensar el presente.*

## I.- Introducción

El mundo en que vivimos es cada vez más globalizado. La circulación de las mercancías, de los capitales y de la información así lo evidencia. Pero para la periferia del sistema, de la que hace parte la América Latina, y, por consiguiente, la región andina, esta globalización no es completa en la medida en que la circulación de las mujeres y de los hombres por el mundo no es parte de un tráfico libre, como lo ejemplifican las múltiples barreras que se oponen a su desplazamiento hacia los países centrales, incluso dentro de la misma región, porque el movimiento de personas está sometido al otorgamiento de visas o de permisos especiales. Pero, además de ser una globalización sesgada, los efectos de las múltiples aperturas que ésta pone en práctica han generado movimientos de rechazo desde el sur del Río

---

\* Heraclio Bonilla (Perú), con doctorados en historia económica y antropología, ha sido miembro de la mesa directiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, donde también coordinó la comisión de historia económica entre 1984 y 1990. Profesor visitante en diversas universidades latinoamericanas, europeas y estadounidenses, Bonilla posee diferentes reconocimientos académicos. Entre sus veinte libros publicados, los más recientes son *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2001); (con Gustavo Montañez) *Colombia y Panamá. La metamorfosis de la nación en el siglo XX* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004) y *El futuro del pasado. Las coordenadas de la configuración de los Andes* (Lima, Instituto Pedagógico San Marcos, 2005).

Grande hasta Tierra del Fuego, protagonizados por los actores sociales afectados por esos procesos.

En la historia de la América Latina, por cierto, la globalización no es inédita. Aunque la escala y la naturaleza fueron diferentes, el completo aislamiento en que vivía su gente fue roto de manera irreversible en 1492, y en las simbólicas fechas de 1519 y de 1532, cuando Hernán Cortés conquistó México, y Francisco Pizarro lo que ahora es el Perú. Desde esos lejanos momentos, la existencia de los latinoamericanos se da en el marco de un permanente contacto con bienes, recursos y personas procedentes de varios lugares del mundo, gran parte de cuya identidad como latinoamericanos está nutrida por esa experiencia. Pero las reacciones actuales contra la globalización y contra una apertura mayor, al contrario de lo ocurrido antes, son más bien consideradas como opuestas a su bienestar, e incluso como lesivas a la identidad de sus culturas. Es en este contexto, por consiguiente, donde importa reflexionar sobre los mecanismos de la integración para romper el aislamiento de los países de la región andina, en la medida en que su integración regional es percibida como una alternativa para enfrentar con eficacia los nuevos desafíos que presenta un mundo cada vez más globalizado.

## **II.- El legado de la historia**

Si otra vez se toma la fecha símbolo de 1492 como la de inflexión en el extenso y denso proceso de la construcción de América Latina, se identifican dos bloques históricos. El primero, de 1492 a la fecha, comprende algo más de quinientos años, que corresponden al período colonial y republicano de los países que integran la región andina. El segundo, antes de 1492, hunde las raíces de su comienzo a cerca de veinte milenios de nuestra era, fecha provisoria que los arqueólogos fijan como la que corresponde a los primeros indicios de presencia de grupos humanos. El desbalance, por lo mismo, es muy claro, y se inclina a favor de este último bloque, de larguísima duración. Es, además, lo que distingue la historia de los Andes, o de Mesoamérica, frente, por ejemplo, a la historia de un país como la Argentina. El reconocimiento de esta brutal diferencia en los tiempos, antes y después de 1492, es no sólo importante en términos académicos, sino que tiene implicaciones para lo que este documento intenta discutir.

Hasta 1492, el proceso seguido por los pueblos andinos fue identificado con el Tawantinsuyo, o el imperio de los inkas, lo cual es claramente un error, porque la duración histórica de ese imperio apenas alcanza una centuria, de modo tal que las matrices de la civilización andina deben ser ubicadas en un período mucho más lejano. En otras palabras, la emergencia y la consistencia del imperio de los inkas se debió a que los hombres del Cuzco supieron apoyarse en mecanismos y tradiciones previas, de la misma manera que lo harían más tarde los españoles cuando establecieron las bases del sistema colonial desde mediados del siglo XVI. Antes de la emergencia del imperio inka, los

arqueólogos suelen distinguir ese extenso proceso en períodos de unidad panandina, por una parte, y de diversidad regional, por otra, y a los primeros denominan “horizontes”, entre los cuales los más conocidos fueron el de Chavín de Huantar y el de Tiawanaku, y a los segundos, “períodos intermedios”. Pero esos períodos de amplia unidad que caracterizan a los horizontes alcanzan una mayor extensión cuando se consolida el Tawantinsuyo, cuyas fronteras iban desde Pasto, en el sur de la Colombia actual, hasta el norte de Chile y de la Argentina. Por cierto, ese imperio albergaba un conglomerado de diversos reinos étnicos, pero su diversidad, respetada, además, por el Estado inka, fue subordinada a una lealtad que la trascendía, y cuyas coordenadas centrales fueron la religión y la política. De ese modo, una civilización andina relativamente coherente existió antes de la conquista española<sup>1</sup>.

Desde los inicios de tal conquista hasta la emergencia de los países andinos como repúblicas independientes, es posible distinguir tres momentos principales. El primero se extiende desde esos comienzos hasta 1570, el segundo desde esta fecha hasta el inicio de las reformas borbónicas a comienzos del siglo XVIII, y el ulterior a partir de esta última fecha hasta la segunda década del siglo XIX. Examinemos el sentido de esos momentos desde el punto de vista de su significado para la integración andina.

El primero es un período de caos y de desorden, de intensas pugnas y enfrentamientos militares no sólo entre conquistadores y conquistados, sino también entre colonos españoles y funcionarios militares y civiles de la corona española. Estos conflictos obedecieron a razones múltiples, entre las más importantes de las cuales están la resistencia por parte de los indios a su sometimiento, y el disenso mostrado por los conquistadores / encomenderos frente a la autoridad central del monarca. Dos eventos simbolizan esas situaciones: la rebelión de Manco Inka y la resistencia de los encomenderos liderada por Gonzalo Pizarro<sup>2</sup>. Esta fue, en pocas palabras, una fase caracterizada por el dislocamiento de las estructuras anteriores.

El segundo, desde mediados del siglo XVI hasta los inicios del siglo XVIII, corresponde a la organización y consolidación del sistema colonial, proceso en el cual jugó un papel descollante ese verdadero arquitecto de la colonia que fue el virrey Francisco de Toledo, quien gobernara los Andes entre 1569 y 1581. Se encargó, con éxito, no sólo de cancelar la disidencia india y la de los colonos españoles, sino de colocar las bases para el funcionamiento y la reproducción sin crisis del orden colonial. Como consecuencia de las políticas que adoptara desde Quito hasta el norte argentino y chileno, una nueva unidad, esta vez de orden colonial, se estableció con la economía y la política como vigas maestras. La economía colonial gravitó en torno al sector minero, es decir Potosí, el cual tuvo la capacidad de establecer enlaces suficientes como para arrastrar y subordinar a su funcionamiento a los otros sectores

---

<sup>1</sup> Bonilla (2002).

<sup>2</sup> Bataillon (1963); Stern (1982).

económicos de la colonia e inmensos espacios de la América andina<sup>3</sup>. El orden y la articulación política, por otra parte, derivó del establecimiento de un estado colonial y, sobre todo, de una cultura colonial de base neotomista, que rápidamente despertó la adhesión y su interiorización por parte de funcionarios coloniales, colonizadores y colonizados. Ese orden, por encima de diferencias de raza y de clase, fue un orden casi sagrado que supervivió más allá de la experiencia colonial y terminó por consolidar una unidad cuyos cimientos habían sido colocados por el funcionamiento del sector minero.

El siglo XVIII, con los borbones y, sobre todo, con Carlos III, es el tercer momento que cierra la experiencia colonial de la región andina. La virtual reconquista de sus colonias que emprende la Corona para aparejar el crecimiento de España a las regiones más dinámicas del continente europeo supuso la implementación de un paquete de políticas, desde territoriales hasta fiscales, pasando por las de gobierno, que corrigieron las anomalías anteriores derivadas de la privatización de la función pública e incrementaron el volumen y el valor del comercio internacional, así como la recaudación de las arcas fiscales<sup>4</sup>. Pero la contraparte de ese éxito económico fue la dislocación de las delicadas piezas de ese orden colonial, cuya organización fue el mayor logro de los austrias y de Toledo<sup>5</sup>. La traducción política de ese quiebre fueron las rebeliones y revoluciones que sacudieron los espacios coloniales desde México hasta Chile y concluyeron con su separación de España. Por cierto, la geografía política de la insubordinación fue muy variada, como eran entonces esos espacios coloniales que se consolidaron al amparo de las políticas del despotismo ilustrado. En el siglo XVIII, en efecto, la base minera de la economía andina coexistió con una agricultura tropical y una ganadería extensiva, lo cual, añadido a las primeras brechas del monopolio comercial, permitió la emergencia de regiones nuevas, como las de la Nueva Granada y las de las Provincias Unidas de Buenos Aires. Ese proceso, además de la composición de la población colonial, explica la disidencia temprana de Caracas y de Buenos Aires, y la sólida adhesión a la metrópoli por parte de México, Lima o La Habana<sup>6</sup>.

El período republicano, desde la independencia hasta nuestros días, puede, a su vez, ser dividido en cuatro etapas. La primera se extiende hasta mediados del siglo XIX, época caracterizada por un repliegue de sus economías como consecuencia de la ausencia de productos exportables de las economías andinas al mercado internacional. El esplendor del oro y de la plata era un asunto del pasado, de manera que habrá que esperar varias décadas para que sus sectores externos vuelvan a consolidarse como líderes de sus respectivas economías. Pero ese repliegue externo

---

<sup>3</sup> Assadourian (1979).

<sup>4</sup> Brading (1985).

<sup>5</sup> Bonilla (1999).

<sup>6</sup> Bonilla (2001).

estuvo acompañado por una profunda fragmentación territorial interna, proceso que la literatura denomina la “balcanización” de la América Latina, en el sentido de que de cuatro grandes espacios virreinales (México, Perú, Nueva Granada y Río de la Plata) emergieron las veinte y tantas repúblicas de hoy. En el caso de los Andes, los clivajes coloniales (Quito y Guayaquil, en el Ecuador; altiplano y valles, en el caso de Bolivia; costa y sierra, en el caso del Perú; Bogotá, Medellín, Pasto, Cali, y la Costa, en el caso de Colombia) no sólo se hicieron más profundos, sino que, a su vez, esos espacios regionales se fragmentaron en unidades más pequeñas, casi parroquiales. En este contexto, los sueños de un Bolívar o de un Martí por una unidad panregional no sólo se hicieron añicos, sino que sus reformulaciones tardías encontraron barreras materiales y sociales difíciles de franquear<sup>7</sup>.

Desde mediados del siglo XIX hasta el impacto de la crisis mundial de 1929 tenemos una segunda etapa en la historia republicana de los países andinos. Se trata de un período caracterizado por el restablecimiento de los sectores externos de sus economías y por una estabilidad política relativa luego de la turbulencia propiciada por los diferentes caudillos, militares y civiles de la primera mitad de ese siglo. Productos como el café para Colombia, el cacao y el banano para el Ecuador, el guano para el Perú, y la plata y el estaño para Bolivia serán las mercancías a partir de las cuales estas economías reingresarán al mercado internacional para venderlas, adquirir capitales o comprar los bienes de consumo y de capital que requieran. Contrariamente a lo que sostienen las versiones más rústicas de la teoría de la dependencia, estas economías no fueron de enclave, en el sentido de divorciadas de su inmediato entorno o del espacio nacional, sino que la producción y exportación de esos bienes hicieron que los lugares donde se produjeron esas materias primas establecieran profundos y extensos enlaces con diferentes regiones de cada país.

De ese modo se gesta una nueva semejanza que traduce en un solo modelo la experiencia de estos países andinos, y nace del papel idéntico y determinante que jugó para cada uno de ellos la demanda internacional en la consolidación de estas economías regionales, mientras la diferencia, por lo menos en términos económicos, es el resultado de las cambiantes y específicas respuestas que formula cada país a esa demanda internacional de bienes primarios que impuso para cada uno de ellos el mercado mundial. Diversidad, además, acentuada por el hecho de que los espacios regionales animados por la producción de esos bienes primarios terminaron por profundizar las brechas tecnológicas previas, en la medida en que regiones productoras de café, de plata o de banano eran más “capital intensivas” y más tecnológicamente avanzadas que las economías tradicionales del resto del país<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Gootenberg (1989).

<sup>8</sup> Bulmer-Thomas (1994); Bonilla (1994).

La tercera etapa la abre la crisis de 1929, se prolonga hasta las dos últimas décadas del siglo XX, y está configurada por las políticas económicas que se asumen en reacción a desastres como el de la crisis mundial. Básicamente, los gobiernos de los países andinos intentaron cambiar el patrón colonial de funcionamiento de sus economías, a la vez que aplicaron agresivas políticas sociales tendientes a erradicar sus bases coloniales de sustento, como la cancelación de latifundios o la expropiación de empresas bajo control foráneo. Ese fue el significado, por ejemplo, de la revolución boliviana liderada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en 1952, o la revolución encabezada por los oficiales de las fuerzas armadas del Perú bajo el mando de Juan Velasco Alvarado en 1968. Por cierto, esas medidas no eran sólo el patrimonio de los países andinos, porque desde la Comisión Económica para la América Latina, Cepal, en Santiago de Chile y bajo el liderazgo de Raúl Prebisch, así como en otras instituciones similares, se había llegado al consenso de que era necesario reemplazar el patrón productivo de un “crecimiento hacia afuera” por un “crecimiento hacia adentro”, e iniciar un agresivo proceso de industrialización por sustitución de importaciones. En consonancia con estas políticas económicas de corte keynesiano, los gobiernos de la región implementaron políticas de tipo “populista”, de naturaleza incluyente, para satisfacer las crecientes demandas de una población en crecimiento, y como una manera de ampliar las bases de su respaldo político.

Esta industrialización “desde arriba” produjo resultados que no estuvieron a la altura de lo que esperaban sus promotores, y, mas bien, colocaron las bases para la instauración completa del orden económico y político en curso, que se conoce con el nombre de “neoliberalismo”. Porque una cosa era querer industrializar estas economías y otra distinta contar con los capitales suficientes para ese proceso y con actores decididos a apostar por ese cambio. Como no se encontró ni lo uno ni lo otro, ese papel fue asumido por el Estado a través del establecimiento de empresas públicas bajo su control y del despliegue de una serie de incentivos, tanto económicos como laborales, que terminaron creando un sector “industrial” muy poco eficiente, con “industriales” que no eran muy distintos de los tradicionales terratenientes.

Los desequilibrios a que este proceso dio lugar fueron la coartada y la justificación para el diseño y la aplicación de las políticas actuales, la cuarta etapa de este proceso moderno y contemporáneo. Pero, por otra parte, fue en la etapa anterior, desde la crisis de 1929 hasta la década de los noventa del siglo pasado, que los esfuerzos para romper el aislamiento de los países de la América Latina y de la región andina se hicieron más vigorosos, basados en la convicción de que de ese modo sus voces adquirirían más fuerza en los foros internacionales, y por la necesidad de contar con mercados más amplios dadas las trabas impuestas al acceso de sus productos a mercados internacionales más dinámicos y más amplios.

### III.- La integración y sus retos

Como se mencionó al inicio, la “balcanización” de la América Latina fue percibida como un riesgo y una amenaza para la viabilidad de los países que emergieron como consecuencia de la disolución del “pacto” colonial establecido con España. Y si el venezolano Simón Bolívar y el cubano José Martí fueron sus portavoces más connotados y reconocidos por su reclamo en corregir esta fragmentación, por cierto, no fueron los únicos. Más tarde, el mexicano José Vasconcelos y su discípulo, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, asociaron sus voces y sus escritos a tal reclamo. Pero, en este caso por lo menos, la praxis acompañó al verbo, puesto que la historia registra experiencias de integración que no por efímeras y frustrantes carecen de profundas enseñanzas en relación a los problemas que este documento discute.

El primero fue el experimento de la Gran Colombia, que duró desde la independencia hasta 1830. Los territorios que, grosso modo, corresponden a los países actuales de Colombia, Ecuador y Venezuela emergieron como un conjunto unido luego de la separación de España. Pero esa realidad, nacida de los hechos más que de la convicción, fue espacio de tensiones incontenibles que en el lapso de una década llevaron a su disolución irreversible. Y no sólo eso, sino que cada “nación”, separada ya no de España, sino de las otras ex colonias, reprodujo en su interior ese profundo proceso de fragmentación. Es el caso del Ecuador, dividido regionalmente por las apuestas contradictorias de Quito, Guayaquil y Cuenca, para citar sólo las más significativas, que no tuvo otra alternativa que apelar al nombre de una línea imaginaria para lograr una momentánea y frágil cohesión nacional. Fue similar la experiencia de Colombia, que a mediados del siglo XIX formalizó estas rupturas internas con la creación de sus “Estados soberanos”, que eran efectivamente tales porque estuvieron dotados de las instituciones necesarias para garantizar esa condición, y cuando terminó ese ensayo de articulación una de sus consecuencias fue la separación de Panamá en 1903<sup>9</sup>. Y si el Ecuador no tuvo un desmembramiento similar, la respuesta fue el Perú, que al ser percibido como una amenaza permitió una cohesión intermitente en función de las amenazas igualmente cambiantes que se adjudicaban al vecino meridional.

Más al sur, Perú y Bolivia, entre 1836 y 1839, conformaron, bajo el mando del general Andrés Santa Cruz, la Confederación Peruano – Boliviana, no tanto como los inicios de una auténtica solidaridad andina, sino para protegerse de los vecinos Chile y Argentina, en una muy curiosa y elocuente expresión de lo que en esta parte del mundo se entiende por “nacionalismo”. Por cierto, ese artificio de “integración” no pudo sino sucumbir en los campos de Yungay ante las armas del Ejército chileno, cuyos dirigentes difícilmente podían aceptar que estos incómodos vecinos acabaran

---

<sup>9</sup> Bonilla y Montañez (2004).



con la supremacía marítima y comercial de Valparaíso<sup>10</sup>. No obstante, tozuda como es una historia que se nutre sólo de sus fracasos, en 1873 Bolivia y Perú, nuevamente, suscribieron un tratado “secreto” de defensa mutua, que de secreto no tenía mucho porque fue objeto de discusiones abiertas en la Argentina, y cuyo objetivo, otra vez, era protegerse mutuamente frente a Chile. Que Bolivia no honrara hasta el final esa asistencia recíproca con el Perú, y que el “tratado” precipitara más bien una de las guerras internacionales más sanguinarias en el suelo americano (sólo equiparable a la guerra del Chaco que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935), cuyas consecuencias constituyen uno de los pasivos en las relaciones internacionales de estos tres países, es un claro ejemplo de cómo en muchos casos las decisiones no informadas de los dirigentes terminan produciendo resultados contrarios a los que inicialmente buscaron.

Finalmente, otra experiencia más reciente de integración se dio en 1969, cuando cinco países andinos (Colombia, Chile, Bolivia, Perú y Ecuador) crearon el Pacto Andino a fin de corregir las constricciones al crecimiento de cada país por el acceso a un mercado ampliado de 70 millones de personas. Pese a la adhesión de Venezuela en 1973, los resultados de esa asociación fueron muy modestos, porque no lograron ni siquiera una reducción significativa de sus tarifas. Pese a ser, conjuntamente con la Comunidad Económica Europea, una de las alianzas más antiguas de este tipo, sus alcances fueron opuestos a los de la experiencia europea, porque no avanzaron hacia la integración, sino que la convirtieron en una plataforma de disenso. Es otra ironía constatar que el principal impulsor del Pacto, es decir, Chile, fue el primero en abandonarlo en 1977 como consecuencia de la incompatibilidad de sus políticas con las de sus socios, en particular con la Decisión 24, que imponía topes a los capitales que podían expatriarse a título de ganancias de las empresas que operaban en su marco.

Sería muy fácil seguir documentando, una y otra vez, las peripecias y los escasos resultados alcanzados por estos esfuerzos de integración, con el riesgo de terminar cansando al lector potencial. Es mucho más importante intentar reflexionar sobre las razones de esta situación.

Un primer elemento guarda relación con el peso del pasado en la conciencia de los hombres de hoy. Y ese pasado tiene que ver con las marcas de la identidad latinoamericana, la cual existe como fórmula y como noble ambición a conquistar, pero cuya concreción actual dista mucho de esa meta. A un nivel más reducido, ni siquiera una genuina identidad “nacional” existe, y cuando esta aparece de cuando en cuando como elemento de cohesión provisorio, por consiguiente revocable, no es sino como expresión defensiva frente a las amenazas, reales o imaginarias, del adversario, que en este caso es el vecino país latinoamericano. Ese curioso “nacionalismo” en América Latina no nació, como en otras partes del planeta, en el contexto de guerras nacionales frontales contra la metrópoli, porque al final

---

<sup>10</sup> Burr (1967).



de cuentas España tenía asuntos mucho más importantes que resolver, ya que su territorio estaba ocupado por las tropas de Bonaparte, sino de la sospecha, de la envidia y del odio al “otro”, con la paradoja de que nada objetivo lo separa de ese “otro”, pues comparte con él lengua, raza, religión, historia e, incluso, su más espantosa pobreza y miseria. Que esto no es un asunto trivial lo demuestran a toda cabalidad las guerras internacionales que, con excepción de Colombia, involucraron a los países de la región, en las cuales el costo de una bala hubiera sido suficiente para atenuar la indigencia de su gente.

A esta razón de estructura es necesario añadir razones de política. Si se piensa que la integración es el simple resultado de una decisión burocrática tomada por alguien, o por algunos que confunden sus sueños con la realidad, el resultado será otro desengaño más. Esa integración debe ser un proceso que se gesté en la base, a partir de la práctica y del compromiso de actores concretos y no de burócratas ineptos. Y en este sentido vale la pena reflexionar la experiencia de grupos que viven y trabajan en las fronteras de los países andinos, aquellas “líneas imaginarias”, como con razón las denominara el errático caudillo boliviano Mariano Melgarejo. En efecto, con ocasión de las guerras, o de conflictos ásperos recientes, los primeros en exigir la paz, en encontrar una solución política al conflicto y en buscar genuinos mecanismos de integración eran las mujeres y hombres de frontera, pese a ser los más nacionalistas, porque no sólo en América Latina, sino en el resto del mundo, es justamente en estas franjas extremas del territorio patrio donde el sentimiento y la identidad nacional a la vez se viven y se construyen con más convicción. Esto no es sino un pequeño ejemplo de lo que debiera buscarse y hacerse en otros contextos.

#### **IV.- El papel de la cultura**

Esta crónica de un fracaso anunciado, para parafrasear una de las grandes novelas de García Márquez, no debe conducir a la renuncia a buscar los mecanismos que lleven a cancelar el aislamiento de los países andinos. No sólo por la nobleza de la idea, no sólo porque, más allá de las dificultades enunciadas en los apartados anteriores, es mucho más lo que nos une que lo que nos separa, sino por razones mucho más prácticas y carentes de retórica. En efecto, la periferia del mundo, como lo anunciara con cinismo Henry Kissinger, es cada vez más prescindible, y basta ver los indicadores económicos y sociales para llegar a esta *consternante* conclusión. Y ello por la pobreza de su gente, que hace que los flujos del comercio internacional sean de norte a norte, y porque las materias primas que produce el sur son agotables o sustituibles. En este contexto, pensar en soluciones y alternativas “nacionales” es una redonda ilusión, que ni siquiera los países “grandes” de la región siguen acariciando, como lo demuestran los acuerdos del Mercosur entre Argentina y Brasil, o los tratados bilaterales establecidos por México y por Chile con los Estados Unidos. La viabilidad en el futuro supone que se reconozca que la articulación

regional de los intereses cuenta e importa mucho más que las diferencias transitorias de la coyuntura. Además, si la globalización constituye un desafío importante al mantenimiento y a la reproducción de la diversidad cultural, fuente de creatividad y de registro de los logros de la experiencia humana, esa defensa sólo será posible no en el marco de un solitario combate, de otros cien años de soledad para volver a aludir a una espléndida obra de García Márquez, sino en el espacio de solidaridades más amplias.

Pero en ese reconocimiento de la viabilidad y de la necesidad de la integración cabe un papel estratégico a la cultura como palanca del crecimiento y del desarrollo, a condición de que esta concepción de la cultura sea distinta a la ingenua e inocua que de ella tienen las burocracias instaladas en los ministerios de educación. Esa otra concepción de la cultura supone el reconocimiento de herencias, valores y tradiciones comunes entre la gente de los Andes, que aún pervive pese a las contingencias históricas en contrario, que por ser históricas son, por lo mismo, revocables. También en el reconocimiento de que los logros alcanzados fueron el resultado de empresas colectivas y de cooperación, porque sólo de esa manera pueden entenderse las admirables metas que estos pueblos y su gente alcanzaron en el pasado, que hace parte de su presente.

## V.- Referencias bibliográficas

- ASSADOURIAN, C. (1979). "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial. El caso del espacio peruano en el siglo XVI", *Ensayos sobre el desarrollo económico en México y América Latina (1500-1975)*, Enrique Florescano (Comp.), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- BATAILLON, M. (1963). *La Rebellion Pizarriste, Enfantement de L'Amérique Espagnole*, París, Diogène.
- BONILLA, H. (1999). "Cómo España gobernó y perdió al mundo", *Revista del Banco Central del Ecuador*, N° 6, Quito.
- BONILLA, H. (1994). *Guano y burguesía en el Perú*, Quito, Flacso.
- BONILLA, H. (2002). "Las civilizaciones precolombinas", Helio Jaguaribe (edit.), *Un estudio crítico de la historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- BONILLA, H. (2001). *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- BONILLA, H. Y MONTAÑEZ, G. (2004). *Colombia y Panamá. La metamorfosis de la nación en el siglo XX*, Eds. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- BRADING, D. (1985). "Bourbon Spain and its American Empire", *The Cambridge History of Latin America*, Leslie Bethell (edit.), Cambridge, Cambridge University Press.

- BULMER-THOMAS, V. (1994). *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BURR, R. (1967). *By Reason or Force. Chile and the Balancing of Power in South America, 1830-1905*, Berkeley, University of California Press.
- GOOTENBERG, P. (1989). *Between Silver and Guano. Commercial Policy and the State in Postindependence Peru*, Princeton, Princeton University Press.
- STERN, S. (1982). *Peru's Indian Peoples and the Challenge of the Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, Madison, The University of Wisconsin Press.